

más imperfecta, y aquellas ideas é instituciones necesitan ser reformadas tan frecuentemente como lo exige la rapidez del cambio. De donde se deduce que, si es preciso dejar á la idea y á la obra conservadora toda libertad, también á ésta tienen derecho la idea y la obra del progreso. Sin el libre juego de esas dos fuerzas, no puede producirse la serie continua de readaptaciones necesarias para la regularidad del progreso.

Si alguien vacila en proclamar lo que cree la verdad suprema por miedo de que sea muy avanzada para su tiempo, hallará razones para fijarse, mirando sus actos como impersonales. Comprenda bien que la opinión es la fuerza, por la cual son modificadas todas las instituciones del fuero externo; que su opinión forma parte de esa fuerza; es una unidad de fuerza que, con otras unidades del mismo orden constituyen la potencia general que opera los cambios sociales; entonces verá que puede legítimamente dar publicidad á sus íntimas convicciones, produzca el efecto que quiera. No en vano tiene simpatía por ciertos principios y repugnancia por otros. Tenga presente que con todas sus facultades, aspiraciones y creencias, no es un accidente fortuito, es un producto natural de su tiempo; es hijo del pasado, pero padre del porvenir; sus pensamientos son sus hijos, y no debe, por tanto, dejarlos morir abandonados. Como todo hombre puede considerarse como una de las mil y mil fuerzas que emplea la Causa desconocida, y cuando ésta produce en él una creencia determinada, no debe necesitar más para manifestarla y propagarla, porque, dando á los versos del poeta su más sublime sentido...

Mejorar no podemos la natura,
Si ella de mejorarla no da medios,
Pues superior al arte, que enmendarla
Pretende, hay otro que ella misma crea.

.....

El verdadero sabio no considera su fe como un accidente sin importancia manifiesta, sin temor, la verdad suprema que concibe, y entonces sabe que, suceda lo que quiera, él ha llenado su misión en la Tierra; si se verifica el cambio deseado, bien; si se desgracia, bien todavía, aunque *menos bien*.

PARTE SEGUNDA

LO COGNOSCIBLE

CAPÍTULO PRIMERO

DEFINICIÓN DE LA FILOSOFÍA

85. Acabamos de probar que no podemos conocer la naturaleza íntima de nada; demos ahora solución á las tres cuestiones siguientes: ¿Qué podemos conocer? ¿De qué modo? ¿Cuál es el grado más alto de nuestro conocimiento de lo cognoscible? Hemos desechado como imposible la Filosofía que pretende formular el sér y distinguirle de las apariencias; estamos, pues, obligados á decir cuál es el verdadero objeto de la Filosofía, debiendo no sólo trazar sus límites, sino también describir el contenido de esos límites. En la esfera infranqueable de los dominios de la inteligencia, debemos determinar el producto particular de ésta, que puede llamarse Filosofía.

Para conseguir ese fin podremos servirnos con ventaja del mismo método que seguimos al principio, podemos buscar y aislar el elemento verdadero, que sabemos se halla siempre en todos los conceptos parcial ó casi totalmente falsos. En el capítulo consagrado á la Religión y á la Ciencia hemos visto, que por falsa que pueda ser cada creencia religiosa en su forma particular, contiene, sin embargo, una verdad esencial, y esa verdad es muy probablemente común á todas. Ahora veremos también que ninguna de las muchas ideas aceptadas hasta hoy, acerca de la naturaleza de la

Filosofía, es completamente falsa, y que el punto en que son verdaderas es precisamente el punto en que todas concuerdan. Hemos, pues, de hacer en esta segunda parte lo que hemos hecho en la primera: compararemos todas las opiniones del mismo género; dejaremos á un lado, como destruyéndose mutuamente, los elementos especiales y concretos en que difieren esas opiniones; observaremos lo que queda después de esa eliminación de elementos discordantes, y hallaremos por residuo una expresión abstracta, verdadera en todas sus modificaciones divergentes.

36. Prescindamos de las especulaciones primitivas. Entre los griegos, antes que de las varias escuelas particulares se hubiera destacado una idea general de la Filosofía, las doctrinas no eran sino hipótesis sobre el principio universal que constituía la esencia de todos los seres concretos. A la cuestión «¿cuál es la *existencia inmutable* de la que estos seres concretos son *estados variables*?» se respondía: el Agua, el Aire, el Fuego». Una vez propuestas esas hipótesis, destinadas á explicarlo todo, fué posible á Pitágoras concebir la Filosofía como un conocimiento sin aplicación práctica y definirla: «el conocimiento de las cosas inmateriales y eternas.» Para él la causa de la existencia material de las cosas era el Número. Después pidieron á la Filosofía una interpretación definitiva del Universo, la cual creían posible, la consiguieran ó no. Entonces vemos dar, para explicarlo todo, fórmulas como las siguientes: «Lo Uno es el principio de todo; lo Uno es Dios; lo Uno es finito; lo Uno es infinito; la inteligencia es el principio regulador de las cosas», y otras. Todas esas fórmulas prueban claramente que el conocimiento llamado Filosofía difería de los demás por su carácter transcendente y universal. Más adelante, las especulaciones tomaron otro curso, los excépticos quebrantaron la fe de los hombres que se creía destinados á conquistar esa ciencia transcendente, resultando entonces un concepto más modesto de la Filosofía. Con Sócrates, y más aun con los estoicos, no fué más que la teoría de la Justicia; no tuvo otro objeto que dar reglas para la conducta privada y pública. Con todo, esas reglas, tales como las profesaban los últimos filósofos griegos, no correspondían á lo que el vulgo comprendía por reglas de conducta. Las prescripciones de Zenon no eran de la misma clase que las que han dirigido á los hombres, desde los primeros tiempos, en sus prácticas y costumbres diarias, sometidas todas á una sanción religiosa; eran principios de acción enunciados sin preferencia de tiempos,

personas, ni circunstancias. ¿Cuál era, pues, el elemento común que contenía todas las ideas desemejantes que los antiguos tenían de la Filosofía? Es claro que el carácter común á la primera y á la segunda de esas ideas es que, en la esfera de sus investigaciones, la Filosofía busca verdades amplias y profundas distintas de las innumerables verdades de detalle que aparecen en la superficie de las cosas y de las acciones.

Comparando las acepciones de la voz Filosofía, corrientes en los tiempos modernos, llegamos al mismo resultado. Los discípulos de Schelling, de Fichte y de Hegel, se unen para burlarse de la doctrina que lleva aquel nombre en Inglaterra. No sin razón ridiculizan la frase «instrumentos filosóficos», y con algún fundamento podrían rehusar á los artículos de las *Transacciones filosóficas* todo derecho á ese título. En represalias, los ingleses podrían desechar como absurda la Filosofía fantástica de las escuelas alemanas, puesto que, no pudiéndose elevar el hombre sobre su conciencia, ya revele ésta, ya no, la existencia de algo fuera de ella, nunca podrá comprenderlo, y, por consiguiente, toda Filosofía que pretenda ser ontología, es falsa.

Esas dos escuelas se destruyen mutuamente en gran parte. Criticando á los alemanes, los ingleses restan de la Filosofía todo el conocimiento mirado por aquéllos como absoluto; criticando á los ingleses, los alemanes suponen tácitamente que, si la Filosofía se reduce á lo relativo, nada tiene que ver, en cierto modo, con los aspectos de los relativos, que expresan las fórmulas matemáticas, las explicaciones de la Física, las análisis químicas, las descripciones de especies naturales y los experimentos fisiológicos. Ahora bien: ¿qué hay de común entre el concepto demasiado vasto de los alemanes, y el demasiado estrecho, quizá, de los ingleses, pero no tan estrecho como hace suponer el mal uso que se hace comunmente de la palabra filosófico? Lo que hay de común es que ni unos ni otros aplican la palabra filosófico á un conocimiento desprovisto de toda trabazón sistemática, á un conocimiento que no esté coordinado con otros. El sabio dedicado á la más minuciosa especialidad, no dará el epíteto de filosófico á un ensayo que, limitado exclusivamente á los detalles, no revele en su autor el sentimiento de que esos detalles conducen á verdades más amplias.

Se puede dar aun mayor precisión á la idea, vaga todavía, de ese fondo común, en que coinciden los diversos conceptos de la

Filosofía, comparando el sistema que lleva en Inglaterra el nombre de Filosofía natural, con el desarrollo que ha recibido en Francia bajo el nombre de Filosofía positiva. Aunque Augusto Comte admite que esos dos sistemas se componen de conocimientos esencialmente idénticos, le ha bastado, sin embargo, dar á esos conocimientos una forma más coherente, para imprimir al sistema de que es autor un carácter más filosófico.

Sin juzgar el sistema de coordinación que ha propuesto, debe reconocerse que, por el hecho solo de haberle creado, ha dado más derecho para llevar el título de Filosofía al cuerpo de doctrina que ha organizado, que el que tiene el conjunto de conocimientos relativamente desorganizados, que llamamos Filosofía natural.

Si se comparan entre sí, y con el conjunto que constituyen, las subdivisiones ó formas especiales de la Filosofía, se destaca la misma idea. La filosofía moral y la filosofía política concuerdan con la Filosofía en general, en el gran alcance de sus argumentos y conclusiones. Aunque bajo el título de filosofía moral se trate de las acciones humanas consideradas como buenas ó malas, no se incluyen, por ejemplo, las reglas especiales de conducta con los niños, ó en la mesa, ó en los negocios; y aunque la filosofía política tenga por objeto la conducta de los hombres en sus relaciones públicas, no se ocupa de los modos de votar, ni de los detalles administrativos. Una y otra consideran los casos particulares sólo como ejemplos que ponen de relieve verdades de más vasta aplicación.

37. Cada uno de esos conceptos implica, pues, la creencia, de que hay probablemente un modo de conocer las cosas, más completa y perfectamente que como se las conoce por simples experiencias acumuladas maquinalmente en la memoria ó almacenadas en una enciclopedia. Si se ha diferido, y se difiere aún, grandemente, acerca de la extensión y límites de la Filosofía, hay conformidad real, aunque no aparente, en no dar ese nombre más que á conocimientos que superen lo ordinario. Lo que queda como elemento común de los diversos conceptos de la Filosofía, una vez eliminados los elementos desacordes, es: *conocimiento del mayor grado de generalidad*. Eso es lo que se quiere decir cuando se introduce en el dominio de la Filosofía Dios, la Naturaleza y el Hombre, ó mejor aún, cuando se divide la Filosofía en teológica, física, ética, etc.; porque el carácter del género, cuyas especies son esas

divisiones, debe ser más general que los caracteres que distinguen unas de otras las especies.

¿Qué forma daremos á este concepto? La inteligencia no alcanza sino lo relativo; conservando siempre la conciencia de un poder que se nos manifiesta en todo lo cognoscible, hemos desechado como inútil, toda tentativa de conocimiento de ese poder, y, por tanto, hemos desalojado á la Filosofía de la mayor parte de los dominios que se creía pertenecerla. Lo que la queda es la parte que ocupa la Ciencia. Esta tiene por objeto las coexistencias y subsecuencias de los fenómenos; las agrupa primero para formar generalizaciones simples de primer grado, y se eleva gradualmente hasta las más altas y vastas generalizaciones. Pero entonces ¿qué queda á la Filosofía?

Hélo aquí. La Filosofía puede aún servir de nombre al conocimiento del mayor grado de generalidad. La Ciencia significa simplemente la familia de las ciencias; no es más que la suma de conocimientos formada por los contingentes de todas, y nada nos dice del conocimiento que resulta de la *fusion* de esos contingentes en un todo. Tal como se suele definirla, la Ciencia se compone de verdades más ó menos aisladas, y no conoce su integración. Un ejemplo pondrá más manifiesta esa diferencia.

Cuando atribuimos el movimiento del agua de un río á la misma fuerza que produce la caída de una piedra, formulamos una proposición verdadera para toda una clase de hechos de una sección de la Ciencia. Si, además, para explicar ese movimiento en un sentido casi horizontal, citamos la ley de que los flúidos sometidos á fuerzas mecánicas reaccionan con fuerzas iguales en todos sentidos, formulamos un hecho más extenso, que contiene la interpretación científica de muchos otros fenómenos, como los de las fuentes, la prensa hidráulica, las máquinas de vapor, la máquina neumática, etc. Luego, cuando esta proposición, que sólo se extiende á la Mecánica de flúidos, sea incluida en una proposición de Mecánica general que comprenda las leyes, lo mismo del movimiento de los sólidos que del de los flúidos, se tendrá un principio superior, pero aún enteramente del dominio de la Ciencia. Cuando consideramos sólo los mamíferos y las aves, suponemos que los animales que respiran el aire libre tienen la sangre caliente; pero si notamos que los reptiles, que también respiran aire libre, son hemacrimos, diremos, con más verdad, que los animales tienen próximamente temperaturas proporcionales á las cantidades de

aire que respiran (á igual tamaño); mas recordando algunos peces que tienen una temperatura superior á la del agua en que nadan, corregiremos la generalización anterior y diremos que la temperatura varía á la par que el grado de oxigenación de la sangre; por último, modificando esa proposición en virtud de nuevas objeciones, afirmaremos definitivamente que la cantidad de calor producido está en razón directa de la cantidad de cambios moleculares del organismo. Hemos ido enunciando verdades científicas, cada vez más amplias, cada vez más completas, pero no hemos salido, al fin, de verdades puramente científicas. Si, guiados por experiencias comerciales, llegamos á deducir que los precios suben, cuando la demanda excede á la oferta, que los productos se mueven de los lugares en que son abundantes hacia los lugares en que son raros, y que las industrias de las diversas localidades están determinadas por las facilidades que presenta cada localidad; y si, estudiando esas generalizaciones de economía política, las referimos todas al principio de que cada hombre procura satisfacer sus deseos por los medios que le cuestan menos esfuerzos, principio que rige las acciones individuales cuyas *resultantes* son esos grandes fenómenos sociales, el valor, el comercio, la industria, todavía trataremos exclusivamente de proposiciones científicas.

¿Cómo, pues, constituir la Filosofía? Dando un paso más. Mientras que no se trata más que de verdades científicas aisladas é independientes, no se puede, sin alterar el sentido estricto de las palabras, llamar filosófica á la más general de dichas verdades. Pero cuando después de haberlas reducido, la una á un simple axioma de mecánica, la otra á un principio de física molecular, la tercera á una ley de acción social, se las considera á todas como corolarios de una verdad superior; entonces se llega al conocimiento que constituye la Filosofía propiamente dicha. Las verdades filosóficas tienen, pues, con las más elevadas verdades científicas, la misma relación que éstas con las verdades científicas inferiores. Lo mismo que cada generalización científica abarca y consolida las generalizaciones inferiores, de su sección, las generalizaciones de la Filosofía abarcan y consolidan todas las generalizaciones científicas. Por consiguiente, la Filosofía es un conocimiento diametralmente opuesto á los que la experiencia nos da asimilando hechos. Es el producto final de la operación que comienza por una simple recopilación de observaciones, que continúa por la elaboración de proposiciones más amplias y más des-

ligadas de casos particulares, y termina en proposiciones universales. Para dar á la definición su forma más sencilla y clara, diremos: el conocimiento vulgar es el *saber no unificado*; la ciencia es el *saber parcialmente unificado*; la Filosofía es el *saber completamente unificado*.

38. Tal es, al menos, el sentido que debemos dar á la palabra Filosofía, cuando la usemos. Con esa definición, aceptamos todo lo común á los diversos conceptos antiguos y modernos de la voz Filosofía, y desechamos todo lo diferente y lo que excede los límites de la inteligencia humana. En suma, nos limitamos á dar á esa palabra el sentido preciso que tiende á prevalecer actualmente.

Bajo ese punto de vista, la Filosofía presenta dos formas distintas, de las cuales se puede tratar separadamente. Por una parte, puede tener por objeto las verdades universales, no mentando las particulares sino como comprobación y aclaración de aquéllas. Por otra parte, partiendo de las verdades universales como de principios admitidos, puede abordar las particulares, interpretándolas por las universales. En ambos casos hemos de estudiar las verdades universales; pero en el uno, haciéndolas desempeñar un papel pasivo, y en el otro un papel activo; en el uno son los productos, en el otro los instrumentos de la Ciencia; á lo primero lo llamaremos filosofía general, á lo segundo, filosofía especial.

El resto de esta obra contendrá la filosofía general. La filosofía especial, dividida en secciones, según la naturaleza de los fenómenos que formen su objeto, constituirá otras obras sucesivas.